

Capítulo IV

¿Podemos hablar de Axiología?

1. LO QUE ES UN VALOR

Llamo “VALOR” a todo aquel fundamento de cualquier norma de acción que produzca un beneficio. Y entiendo que los Principios que la persona adopta para su actuar deben estar sólidamente fincados en sus Valores; ya que de no ser así sus actos serían del todo anárquicos. En mi opinión, los Principios de una persona son las normas que la persona se impone, tal vez hasta de una manera no explícita, para regir sus actos. Pero aquí surge algo que a muchos les causa escozor. No hay por qué asustarnos, todo en este mundo puede producir un bien. Así como en el reino de las ideas y de lo intelectual hay cosas tremendamente destructivas, del mismo modo, en todas las dimensiones del Universo todas las cosas pueden causar beneficios, si se usan con esa intención y con el cuidado y la inteligencia para lograr que no se provoque el efecto contrario al que se pretende obtener. Con un ejemplo se aclarará esto: la comida que ingerimos es producida para conservarnos sanos y fuertes; sin embargo, cuando comemos lo que no debemos, enfermamos. La comida es un bien, y por ello se puede pensar en ella como en un Valor, pero al abusar de ésta se convierte casi en un veneno. Así, la Biblia o el Corán, que son dos compendios de ideas, representan indudablemente valores que supuestamente deben infundir en los espíritus de los hombres nobles sentimientos; sin embargo, son utilizados para justificar los actos más atroces. La comida, por descuido, se convierte en un “antivalor”; en el caso de los Libros, es la intención la que los lleva a ese catálogo.

Se habla mucho de la desvalorización de la humanidad de hoy, y en mi opinión se dice verdad. Pero nos topamos aquí con una paradoja: los hombres

210 siguen buscando la verdad, siguen intentando hacer (salvo excepciones) el bien (o por lo menos, buscan eso que creen su bien), siguen tratando de mantener la unidad y tratando de crear belleza. Sí se vale hablar de la pérdida de Valores en la sociedad de hoy, la mayoría de la gente sólo lo hace de manera muy vaga y sin ninguna precisión. En una discusión ya más profunda, creo que sería más apropiado empezar con esta distinción: una “cosa” son los Valores y otra, muy diferente, el camino, modo o método mediante el cual se puede y se debe acceder a ellos. Creo que los Valores no se perderán nunca, lo que se ha extraviado es el camino.

Hay valores que es imposible trastocar, como la unidad, so pena de perder la existencia. Desafortunadamente, parece que no sucede lo mismo con los otros Trascendentales. La verdad se usa de la manera que más le convenga a quien la diga, claro que (como sabemos de sobra los filósofos), cuando alguien dice la verdad lo que asevera es una (su) verdad lógica, que ojalá se encuentre cercana a la verdad óntica. La belleza ha sido trastocada por la comodidad y la facilidad que, como ya vimos, conducen a la fealdad y al mal gusto, en última instancia; cuando se busca el bien sólo se apetece el bien sensible. Y si el ser humano no puede vivir como si la belleza no existiera, todo apuntaría a que algunos miembros del género humano ya no gozan si no es cuando se les hace ver las más grotescas escenas, como las que un cirujano observa en su quirófano; y lo que es verdaderamente grave y dañino es que se haga uso de ella para conseguir objetivos ocultos del todo perversos o que, por lo menos, impiden el resplandor de los Trascendentales como lo dictan los cánones de una sana Ontología. Y, ¡bueno!, de la bondad sólo se acuerdan los sacerdotes, quienes junto con los ancianos son los que la practican. La gente común nada más se aprovecha de ellos para obtener o alcanzar sus muy particulares fines, aunque para lograrlo se haga las ilusiones de estar siendo “más lista” que quienes por su bondad no pueden hacer nada contra el mal; que no es lo que, por lo general, buscan quienes se suponen “más listos”. Sí, ya sé que el Trascendental “Bueno” tiene implicaciones de mucho mayor alcance que la “sencillita” bondad de los seres humanos, pero no se puede negar que ésta es una manifestación de él, aunque sea muy elemental.

Se diría que nos encontramos muy cómodos buscando la satisfacción de lo inmediato y hemos dejado de lado la búsqueda de lo que es realmente importante para nosotros como seres humanos.

a. Crisis de valores

Cabría hablar de “crisis de valores” en donde y cuando éstos ya sólo son tomados como meros objetos de intercambio: cuándo y en dónde han sido despojados de su contenido espiritual y han caído en el ámbito de lo comercial, en el que los así llamados “bienes” no son ya “aquello que perfecciona”, sino simples o complejas cosas sujetas a la compraventa gobernada por las reglas que usamos para jugar con el sacrosanto dinero, y tal y como se compra o vende un par de zapatos o una empresa fabril, se venden y compran amistades, compromisos, conocimientos, conciencias, leyes, etcétera. Y entonces la justicia no pasa de ser una mera transacción mercantil en la que se gana o se pierde, no por los merecimientos propios, sino por la capacidad económica de la que haga cada uno derroche ante quienes estén encargados de impartirla y “se dejen impresionar” por tanto “poder”.

Pero si se habla de esta crisis es porque la gente percibe que algo ya no es lo que solía ser o no es lo que se supone que debería de ser lo que es ahora. Hace algún tiempo lo reseñe en un trabajo de la manera siguiente: “las relaciones sociales se han complicado, los vínculos se han relajado, las instituciones se han pervertido, lo buscable ha sido encontrado, lo inencontrable se ha cambiado, lo respetable se ha despreciado, lo intolerable se ha aplaudido, lo inimaginable se ha creado, lo inadmisible es aceptado, lo que vale es cambiado, lo urgente se hace importante y lo meramente adecuado es objeto de culto. ¿Cuántas más aberraciones debo enumerar? Sin embargo, llevar la enumeración al extremo haría perder de vista las muchas cosas muy buenas que hemos alcanzado...”. Lo que parece quedar claro, de esta cita, es que se está dando un relajamiento general de las normas de la gente; relajamiento que redundará en una total confusión. Ya no se sabe lo que vale la pena hacer por bueno; se está primando el tener sobre el ser, del mismo modo que el hacer sobre el pensar, ya la cantidad importa mucho más que la cualidad, la producción se aprecia más que la creación, la persona es tal como se ve y nada más; y a lo único a lo que esto nos está llevando es a poner los simples medios como los Fines de la existencia. Y un ejemplo es el comienzo del siguiente párrafo.

“Poderoso caballero es don Dinero...”¹⁸ Ya en el siglo XVI se recogió de la jerga popular esta frase y fue puesta en un poema satírico, pero de seguro es mucho más antigua. El que tiene dinero es capaz de tenerlo todo. A mi

18 Destacado poema del gran Francisco de Quevedo.

212 parecer, éste tan importante señor se ha tomado muchas funciones que sin duda no le corresponden, ha pasado de ser un simple medio a convertirse en un fin supremo y valor omnipotente con el que se consigue lo que se desea, o por lo menos, allana el camino para tal objeto. De medio que es, el valor en el que se ha convertido evidencia, por lo menos, una confusión en el mejor de los casos, y ya de plano una severa crisis, si somos realistas. Y aquí tendríamos que analizar las causas de esta insólita transformación. Casi me atrevería a asegurarlo, una de las causas más preponderantes no puede estar muy lejos de la disponibilidad y horrenda facilidad con la que se puede obtener, y una vez obtenido, su propensión a cambiar de manos no deja de asustarme, en especial cuando esas manos no “pueden arrojar la primera piedra”, debido a que los métodos que emplearon para allegarse al “caballero” no fueron, digamos, del todo asépticos. Otra causa no menos importante es su fluidez, es decir, su capacidad camaleónica para desaparecer —o aparecer— sin dejar ningún rastro con sus pasos y pases de manos por las que pasa, aun menos viscoso que el agua; quizás es por ello que, dicen los que saben de Economía —y ramas afines—, que aquél que tiene acceso a grandes cantidades de él “tiene gran liquidez”.

b. ¿La Felicidad es un valor?

El que la Felicidad sea el Fin del Hombre nos lleva a preguntarnos si por ello, *ipso facto*, se debe considerar como un valor. Y la pregunta no tiene nada de ocioso: un valor, como ya lo dije, es el fundamento de una norma que produzca un bien y, como sabemos, “Bien es aquello que perfecciona”. Lo repito, la pregunta es válida pues en este caso, dada la enorme cantidad de ideas de lo que la Felicidad significa para la diversidad de los hombres, hasta se podría afirmar que para muchos de ellos el Fin de ninguna manera se puede decir que constituya “la perfección”. Sin temor a caer en la exageración, cabe negar que en muchas doctrinas —registradas o no—, la Felicidad no resistiría un análisis Axiológico a fondo, aunque para los practicantes de este modo de pensar y de ser, su actuar representa “estar a un paso de Dios”. Es por todo esto que la pregunta se impone: ya que uno nunca sabe, pudiera haber puristas que arguyesen que siendo la Felicidad el Fin, ya no tiene ninguna razón de ser el pensar en ella como algo intermedio. No es necesario —dirían— buscar el camino ni las previsiones para transitarlo si ya tenemos a la vista nuestro destino. Lo anterior no pasaría de ser una mera ociosidad intelectual de no

ser por haberme topado con otra pregunta que me produjo una desazón muy desagradable: ¿puede una persona sana —saludable en el sentido en el que he venido usando el término— sufrir? Es decir, ¿puede alguien que está en capacidad para buscar la Felicidad verse obstaculizado para obtenerla?

Porque además de los casos que no quiero comentar en este trabajo, el problema no se puede ocultar: hay personas que se creen en posesión de la más absoluta de las felicidades y, sin embargo, cuando platicamos con ellas nos damos cuenta de que pueden estar pasando por un buen momento de su vida y, por ello, aparentar tener todas sus necesidades resueltas; empero, las necesidades básicas no sólo no están cubiertas sino que —para colmo— están produciendo otras mucho más importantes, pero no urgentes. Un ejemplo aquí no sale sobrando: un matrimonio que acaba de tener un hijo seguramente se regocijará con él, después vendrá el pensar en el presupuesto familiar y en el lugar donde va a pernoctar el recién llegado; es claro que en situaciones como ésta se puede hablar de gente contenta, pero no de gente feliz.

Y esto da pie para abrir mi siguiente propuesta a discutir, siempre con la idea de encontrar características del Hombre que me permitan fundamentar que es una criatura de Bien.

Todos los entes —vivos, al menos— de este planeta, son “producto” de la biología, desde la más pequeña alga hasta el más grande de los animales; desde el protozoo más insignificante hasta la mayor de las secuoyas; todos son meros “productos” de una fuerza avasalladora, que la naturaleza ha inscrito en todo ser vivo por la cual a éstos les es imposible no dejar vástagos. A esta fuerza la denominamos “instinto de preservación” en los animales superiores y en general en todo ser vivo, aunque quizá no resulta tan evidente en un vegetal como en cualquier felino. El hombre, como animal, no está exento de él, pero el hombre, a diferencia de todos los demás seres vivos de este planeta, debe ser hijo de la intención. Sí, dado que en el Hombre no sólo gobiernan el instinto y la biología como fuerzas que le impidan actuar más allá y por sobre ellas. Siendo capaz de buscar el bien, no únicamente propio sino “global”, mundial, total (o como nos guste llamarlo), en suma: el Bien cimentado en el discernimiento meditado de lo que a la larga será lo mejor para todos. El Hombre ha establecido y está “perfeccionando” patrones de acción con los que espera encontrar modos de convivencia que le sigan permitiendo su crecimiento, sin poner en riesgo todo su entorno. De lo contrario, acabaría por ponerse en riesgo a sí mismo; como ya lo estamos atestiguando.

Si es verdad que hay todavía muchísimos retrógradas que no han comprendido que más allá de sus mezquinos intereses egoístas o de grupo hay “cosas” que, no por sutiles importan menos al Bien de todos, por fortuna cada vez es mayor el número y la autoridad moral de aquéllos que van dejando de lado conductas instintivas fincadas en formas de pensar, cuyo origen podemos encontrar en interpretaciones “bio-quimicistas”, basadas en la acción de las hormonas y los neurotransmisores, y que se están percatando de que el esquema “estímulo-respuesta”, que no es otra cosa que la traducción de la Tercera Ley de Newton —la de la “acción-reacción”— al idioma de la biología, al hombre le viene muy corta. Por fortuna cada vez hay más seres humanos que tienen consciencia de que ser mejores no se consigue automáticamente sólo con el hecho de ser más; la “cualidad” no se desprende, así como así, de la “cantidad”. Del instinto no puede lograrse nada superior a él. Así como de la actividad neuronal no es, de ninguna manera posible, inferir o deducir las funciones superiores del espíritu humano; la memoria no es reductible a la sola cantidad de sinapsis activadas en un cierto instante por un neurotransmisor.

c. ¿Es el sufrimiento un principio del mal?

Al hablar del sufrimiento es tan fácil como peligroso dejarnos llevar por la tentación de caer en la cómoda fórmula que nos ofrece el maniqueísmo, en este caso y para ponerlo de modo súper simplificado: “Principio de Bien: Felicidad”; “Principio de mal: Sufrimiento”. Nada más para aclarármelo: la herejía maniquea sostiene que hay dos Principios, uno bueno —o del Bien— y otro malo —o del Mal—, en constante oposición. Y aquí lo importante: ambos con el mismo estatus ontológico de seres. Sin duda es atractivo pensar que el sufrimiento es algo activo, no es que se presente como la “carencia de un Bien debido”, no es que sea el producto de una deficiente actuación de los entes que provoca el que esos entes padezcan la falta de algo que por su naturaleza debieran “poseer”, que los acercara a todas las posibilidades que ella les otorga; en una palabra: su perfección. Resulta mucho más fácil, dado que hasta lo que vemos, si es visto como lo ve la gente común, da la apariencia de ser el fruto de la acción de un ente malévolos que llega a robarle a la persona sus expectativas para robustecerse con su sufrimiento y tener más posibilidades para encontrar nuevas formas de producir daños y calamidades.

Veámoslo desde la óptica de una persona de campo a la que una tormenta le anega sus tierras de labor y se lleva con ello todo lo que había sembrado.

Para él, las nubes y el agua son un agente del Diablo, quien decidió ese día cobrarse alguna “cuenta atrasada”. No podemos suponer que este hombre, a menos que sea una persona educada, o por lo menos instruida, crea que la tormenta es sólo una parte —pequeñísima— de lo que los expertos llaman clima. Como lo suponemos, nuestro amigo campesino se dejará llevar por sus creencias y toda la mitología que trae consigo. Y dado que nunca nadie le ha explicado que esa mitología no es nada más que un intento de explicación, el buen hombre aceptará como verdaderos los mitos que sin duda alguna están a su alcance.

La mente humana, como parte del Universo, obedece, como todo ente en él, la “Ley de Mínima Acción”, escasamente conocida en su formulación Físico-Matemática, pero perfectamente establecida como una “Teoría” válida y aceptada. En una ampliación del campo de validez de la susodicha Ley a nuestro ámbito, diríamos que la inteligencia busca casi siempre lo obvio, lo evidente, lo que se le presenta como más sencillo de interpretar y lo interpreta como se le aparece. La inteligencia requiere de una gran disciplina, además de una vastísima cultura y hasta un enorme cúmulo de conocimientos sobre aquello que se está observando para no permitirle a nuestra mente dejarse arrastrar por la inercia implícita en la antedicha Ley, y hacer el esfuerzo para trascender lo aparente y penetrar en la verdad de lo que tiene frente a sí. Teniendo en cuenta que mientras más “cercano” a nosotros sea eso que pretendemos observar, mayor será su efecto emocional en nuestra percepción. Lo siguiente no deberá sorprendernos más que en la medida en que no nos haya pasado por la cabeza.

2. EL VALOR INTRÍNSECO DEL SUFRIMIENTO

Quizá cuando nos percatemos de que el sufrimiento no es ni malo, ni perverso, ni feo, ni imperfecto, ni una maldición, ni degradante o denigrante, ni indigno, ni un castigo, ni culpa de nadie (¡cuidado!, desde el enfoque desde el que estoy tratando en este trabajo, recordemos el Capítulo II: “una de las escasas ‘cosas’ que no tolero, ya que simplemente no entran en mi ser, es la ‘estupidez humana’”), ni ingrato, ni algo anormal. Es más, jugando intelectualmente se podría decir que, dado que parece que sufrir es lo que hace la mayoría, lo “normal” para el ser humano es el sufrimiento. Pero ya vimos el error de este argumento. No es ni vergonzoso porque tampoco es ni bueno, ni

216 justo, ni perfecto, ni hermoso o bello, ni algo a lo que se pueda atribuir bondad, ni una bendición, ni algo que exalte o ennoblezca, *per se*. Y aceptemos su realidad, tal y como es, porque nos guste o no, sencillamente es. ¡Así de fácil! Cuando dejemos de ponerle al sufrimiento epítetos nacidos de nuestra necesidad de encasillarlo todo en categorías que sólo se pueden aplicar a los seres humanos, tal vez entonces estemos preparados para encontrar el valor del sufrimiento. Y al afirmar que el sufrimiento no ennoblece, caigo en la cuenta de la paradoja escondida en la afirmación: es obvio que el sufrimiento, *per se*, no ennoblece y sí puede convertir a una persona buena en un verdadero monstruo. Todo depende de la actitud con la que la persona asuma su estado: si se “amarga” y se deja arrastrar por los siglos de “tradicción”, y no pasa de verse a sí misma como una impotente víctima, acabará compadeciéndose y renegando hasta de haber nacido. Si, por otro lado, continuamente está usando su sentido del humor, inteligencia, prudencia, fortaleza y deseos de ayudar, y no cesa de buscar opciones creativas para encontrar todos los modos de servir que sus capacidades le permitan, vivirá con la enorme y muy merecida alegría que le llenará de paz, ya que puede saberse en compasión con los demás seres humanos: sus colegas de existencia.

Quizás uno de los valores del sufrimiento radique en que es una de las formas de humanizar a los seres humanos.

Que, desde luego, no sean de las más agradables no hay quien lo dude; pero su efectividad sería difícil de oscurecer. Y sólo se presenta siempre y cuando la persona sea capaz de dárselo.

3. LO QUE EL SUFRIMIENTO PROVOCA

Cuando un hombre o una mujer poseen inteligencia y sensibilidad como para percatarse de que el sufrimiento tiene la “horrorosa virtud” de forzar el movimiento del alma de las personas y de ninguna manera dejarla continuar en su cómoda inercia de quedarse en la lejana perspectiva relativa a las demás almas, ese hombre y esa mujer muy pronto comprenderán que uno de los valores obtenidos por cualquier ser humano que sabe del sufrimiento es que rara vez se sabrá solo. Sin embargo, sí tendrá momentos en los que le parezca que su soledad es tan enorme como la del más insignificante átomo perdido en alguna nebulosa distante. (Por supuesto que ni los átomos, ni nada material pueden estar en soledad.) Ésta supone que el sujeto que la padece sabe

que con él coexisten muchos congéneres a quienes no se puede acercar, con los que no es capaz de establecer ninguna relación espiritual. Cualquier otro tipo de carencia de unidad —que conste que no escribí “unión”—, implica no más que el simple y mero “aislamiento”. Al ser impenetrable, toda materia está aislada. Nuestros cuerpos constituyen, como ya dije, barreras a veces infranqueables y, por ello, son causa verdadera de soledad. La soledad profunda únicamente se da en y entre espíritus. Si lo dicho antes sobre la soledad y saberse solo suena a paradoja, se debe a que lo es. Quien sufre puede padecer soledad, pero si posee un destello de inteligencia no encontrará difícil ver que la verdad del popular adagio “mal de muchos, consuelo de colegas”, no es sino una verdad a medias, más bien a cuartas, y ello no sólo porque sea uno de tantos colegas. Se debe a que, si se pone a pensar, aunque sea un poco, no tardará en tener que comparar(se) con las personas que le pasan cerca o hasta aquellas con quienes convive y ve que se la pasan “igual” que él o ella, cuando no mucho peor. Unos en un aspecto, otros en otro, pero en todos verá alguna semejanza, lejana quizá, pero semejanza al fin. Ya lo decía alguien: todos llevamos muy dentro un Quijote, y también una Naná. Yo añadiría: un Alejandro Magno y una Helen Keller. Los verá en la persona que tiene junto o en la que pasa delante y es muy probable que no sepa sus nombres, ni los conozca, sabe lo obvio, sabe que “de algún modo” están unidos. Sus espíritus están acuñados con el mismo troquel, empero, es necesario distinguir entre los que fueron forjados a altas temperaturas de aquellos que se quedaron en la orilla de la fragua (perdón por la pobre metáfora), pero sí hay que distinguir entre los que al verse confrontados consigo mismos, quizás en el dolor, tal vez en obstáculos que no pueden superar, en los que ustedes deseen o en la maneta menos pensada, al verse en desventaja “solamente” se dedican a continuar su búsqueda como lo hacemos casi todos, todos los días, intentando enriquecernos creciendo como seres humanos y tratando de que quienes nos rodean queden también enriquecidos. Los otros, quienes no tuvieron el calor de una educación firme a la par que amorosa, y por lo tanto respetuosa, creerán más fáciles todos los demás caminos a seguir sin mayor esfuerzo, aunque con recompensas muy, muy exiguas. Éstos se dejarán caer en la atractiva tentación de deprimirse y una vez deprimidos no será raro verlos sino auto compadeciéndose y llorando en silencio sus penas. Es uno de los efectos de la depresión. Se lamentarán siempre y ante todos aquellos que les pasan junto de sus infinitas desgracias, las cuales, nadie en el mundo, es

218 capaz de comprender, pues nadie ha pasado por lo que ellos están viviendo; como si fuesen los únicos seres en este mundo con “el derecho y hasta privilegio” de tener que sufrir para poder anunciar a “los otros” ¡los que nunca han conocido ni nunca sabrán lo que es el sufrimiento!, que ellos sí están más cerca de Dios por su sufrimiento. Y aparentemente son todos los hombres y las mujeres con quienes hablan los que no tienen pero ni la más remota idea de todos los “beneficios” que han recibido del Señor.

Para estas personas, que somos todos en algún momento de debilidad, hacer esto tiene un valor: sentirnos, por un lado, superiores en cierto modo a los demás y, paradójicamente, en esa situación estamos más cerca de aquéllos que los escuchan. Resulta innegable que les están dando algo, les están comunicando su valentía, que ellos mismos —los que escuchan— pueden y deben tener cuando se vean pasando por una situación similar, que si bien los pone en condiciones incómodas, no deben olvidar que si luchan por salir con bien serán mejores seres humanos y podrán dar testimonio de que su experiencia tuvo un Fin ya que, por supuesto, fue un regalo divino.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que estas personas actúan de buena fe —o al menos eso esperamos— y al atiborrarnos con sus aflicciones y congojas lo hacen para hacernos sentir menos mal. Y que todo lo que nos pueda estar aconteciendo queda relativizado pues por todo lo que ello(a)s han pasado —o están pasando— deja nuestro pesar como si fuera una gota en el océano; es decir, cualquier problema que podamos tener, ellos ya han pasado por él... y por muchos otros, mucho peores. O sea que no podemos quejarnos de lo que nos pasa. Si lo hacemos únicamente damos muestras de debilidad y nuestro problema no merece tomarse en cuenta cuando Dios retribuya todos nuestros esfuerzos.

A pesar de que a mis ojos esta actitud ante la mencionada situación sea del todo absurda, no puedo dejar de considerar el hecho de que para estas personas tal modo de actuar no sólo tiene validez, sino que es, en verdad, algo bueno y, por lo mismo, resulta que da un valor a todo aquello; no únicamente a la situación, sino incluso a su vida toda. Desde luego la sola situación por sí misma es un antivalor y no es en absoluto agradable, pero recordemos que la persona vive entre otros seres humanos a quienes tiene el deber de comunicar su experiencia, y es esto lo que la hace valiosa, pues con ella pondrá lo que ha recibido de Dios en los espíritus de los demás, haciéndolos partícipes de la que es su enorme y gran riqueza.

Si se me pidiera un argumento decisivo con el cual dejar sin ninguna duda el por qué para estas personas que sufren relatar su sufrimiento de esa manera tan vehemente y al mismo tiempo exagerada, y casi hasta ingenua, tiene —para ellas— mucho de valioso, tendría que afirmar que en mi opinión —que respaldo con mi experiencia de escuchar a personas que necesitan ser oídas— el relato es ya de por sí una catarsis con la que se sienten aliviadas. Ahora bien, con un poco de perspicacia y conocimiento de la naturaleza humana no es difícil encauzar la plática para hacer que nuestro(a) interlocutor(a) se dé cuenta de que su situación puede ser incómoda y, tal vez, hasta delicada o grave. Así las cosas, deberá actuar y nunca dejarse vencer por lo que está pasando, puesto que si se busca una solución ¡la va a encontrar! Naturalmente, si el problema es de él o de ella, la solución deberá encontrarla él o ella, ya que nadie más está en su lugar. ¡El reencuentro con uno mismo en la vida es absolutamente personal!

Cada persona en su fuero interno le da a su circunstancia el valor que su historia personal le permite crear. Es indudable, sin embargo, que este paradójico hecho —el que alguien sea capaz de poner valor en donde no lo hay— constituye algo que nos permite estar en capacidad para afirmar que, aunque no nos sea aparente, sino que más bien veamos lo contrario, en el sufrimiento está el valor de hacer crecer a las personas como seres humanos; además, está claro que no es en absoluto cosa sencilla, pero a casi todo es posible encontrar su aspecto “positivo”. No se puede nunca apartar la vista de la máxima de que todas las cosas tiene un lado bueno, pues todas fueron creadas con la idea de un “para qué”, lo que no significa nada más que un Fin.

a. La valentía y la serenidad

Sin duda, lo que podemos aprender del sufrimiento, aunque suene descabellado pero que nos permite enriquecernos como seres humanos, creciendo como personas, es que le podemos dar algún valor. Pero ¿cuál puede ser dicho valor aun cuando no emane de él? Ya vimos que nada que provenga del sufrimiento puede —*per se*— producir un beneficio. Una de las cualidades que es común observar en aquellas personas que saben lo que es sufrir es la valentía. Ahora bien, no es raro descubrir que a las personas valientes se les puede, generalmente, atribuir otra cualidad: la serenidad. Y como consecuencia de ésta son personas que, al estar en compañía de otro ser humano, comparten toda la humanidad que entre ambos se da. Por el mero hecho de compartir lo

220 que poseen en común, aunque lo único que podamos apreciar sea la similitud de dos cuerpos y aun ésa muchas veces no es tanta, hombre y mujer, hombre sano y hombre enfermo, adulto y niño, son personas con una alta compasión. Más aun, las personas valientes y serenas logran con enorme facilidad una gran capacidad de introspección, la cual les permite conocerse muy bien y, por ello, les es muy fácil conocer a los demás, saber qué piensan y sienten; más si tenemos en cuenta que ya ellos lo poseen en su acervo personal, no nos es difícil entender su gran habilidad para estar en pasión con el otro, su ser compasivo, como si fuera lo más natural.

b. La sensibilidad y la compasión

La sensibilidad es una cualidad sine qua non: ser compasivo es extrañísimo que se dé. Así como no se nace con la compasión, tampoco se nace siendo sensible. Para llegar a poseer ambas cualidades es necesario trabajarlas. La sensibilidad se adquiere con la educación, que implica una esmerada instrucción tanto académica como de las cosas de la vida. La adquisición de valores sólidamente enraizados en todo lo humano, la observancia estricta pero no inflexible de los principios con los que hayamos decidido normar nuestra vida. Añadamos a lo anterior una disposición y actitud de alegría y optimismo con los cuales podremos tomar aquello que la vida nos regale, buscándole siempre el bien que debemos hacer nuestro para que a todos aproveche; en pocas palabras eso que llamamos Cultura. La experiencia nos dice que la sensibilidad no se da en igual proporción en todos los seres humanos, de la misma manera en que la cultura no se manifiesta de igual manera en cada persona. Hay quienes confunden ésta con el simple ejercicio de la memoria que llamamos erudición. En innumerables ocasiones los datos aprendidos no se logran integrar en la persona y el resultado es que nuestro interlocutor acaba con nuestra paciencia, pues sólo habla y habla y habla..., sin que sintamos que lo que dice sea parte integrante de él. Si ambas cualidades (sensibilidad y compasión) no son esmeradamente cultivadas, no florecerán en la persona y ésta no llegará jamás a poseerlas en plenitud. El resultado será un ser humano alejado —aun físicamente— de todos aquellos colegas suyos que apenas tratan de ser tan “bellos” o tan diestros como él, más no importa lo mucho que lo intenten, ¡es imposible que se le acerquen! Y así sentirá un gran desprecio por todos quienes padezcan alguna desventaja que los obligue a hacer un pequeño esfuerzo para

ponerse a su altura o “elearlos” a su nivel, que es al que el ser humano — como él, que nació con tal plenitud— debe estar.

Las personas de este tipo no son tan extrañas como nos pudiera parecer. En mi vida no han sido pocas las personas que, creyéndose superiores, me lo hicieron notar de maneras no muy corteses ni de acuerdo con los cánones.

No todos los seres humanos son compasivos, ¡les falta algo! No es difícil imaginarse que de lo que adolecen es de un valor humano que se obtiene con la cultura, la convivencia y la ayuda desinteresada a los demás; un espíritu de servicio del todo altruista que los llevará a darse cuenta de que el amor a quienes sirven redundará en un amor a sí mismo, tan gratificante como el servicio que presta. Pues dar conlleva darse, y esta entrega de sí mismo a los demás es la forma más exquisita de acercamiento personal que lleva a la común-uniión con todo el que esté dispuesto a jugarse el albur de ser un ser humano íntegro y así ser capaz de “tocar” a todos.

c. La discriminación

La cultura, a diferencia de la simple erudición, da a quien la posee la sensibilidad y perspicacia con las que le abre los horizontes humanos suficientes como para inteligir al mundo de manera muy profunda. Esto provoca que la persona se percate de que si es imposible no discriminar, dicha discriminación debe hacerse basada en reglas absolutamente claras y, desde luego, explícitas y por todos conocidas. Este conocimiento ha de tener un insoslayablemente sólido fundamento en la Ética, ya que se está hablando de la discriminación de seres humanos. No me atrevería a apartar de mí a alguien nada más porque sí; ninguno de nosotros aceptaría ser excluido de un grupo cualquiera nada más porque los miembros de tal grupo nos consideren “diferentes”. ¿Diferentes de qué?, ¿o de quién?, ¿y por qué? La respuesta es muy clara: diferentes de ellos. Y claro que la siguiente pregunta ha de ser: ¿diferentes a qué?, ¿o en qué? El grupo que discrimina se atribuye el ser poseedor de las que ellos consideran las normas de perfección, y cualquiera que se aparte de ellas simplemente no es digno de pertenecer al grupo. Porque, lo admitamos o no, todos discriminamos en algún momento de nuestra vida; cualquier persona, aun la más culta y educada.

Pero ¿a qué me refiero cuando hablo de discriminar? Estaremos de acuerdo en que de los renglones anteriores se puede deducir, en buena lógica, que discriminar es apartar, relegar, separar, hacer a un lado. Y casi todo

222 aquél que discrimina por cuestiones viscerales lo hace sin reflexionar si está bien, si es o no correcto. Tengo otro concepto del asunto y, por ello, digo que es imposible no discriminar. Según mi opinión, discriminar no es otra cosa que el acto de escoger; y desde luego, al escoger algo de varias cosas hay que hacerlo con sumo cuidado pues, de equivocarnos, las consecuencias podrían ser, a lo menos, molestas. El hombre y la mujer cultos tiene dos cualidades adicionales: la serenidad y la fortaleza de espíritu como para no dejar que ese acto de tomar sea uno de rechazo, y es claro que siempre lo harán buscando lo óptimo o, por lo menos, lo mejor. Siempre tratando de hacerlo por los motivos correctos, jamás por algún interés egoísta o de grupo, jamás por un sistema de segregación o exclusión y nunca, esto debe quedar explícitamente claro, nunca debe ser declarado como impensable y absurdo: por odio o por miedo, odio a grupos que no sean como el nuestro o posean algo que nosotros deseamos y que les acusemos de habernos quitado, y miedo porque sintamos que representan una amenaza contra nosotros o nuestras posesiones.

Se podría muy bien pensar que estoy intentando hacer una apología de un antivalar: la discriminación, o que estoy intentando una racionalización para justificarla. Nada más alejado de mis pretensiones, ya que cualquier acto contra el ser humano es algo que tomo de modo personal contra mí y, por ello mismo, es del todo opuesto a mis convicciones y mi actitud ante Dios y ante el mundo.

No; lo que necesito dejar muy claro es que es realmente muy fácil toparnos con verdaderos conflictos, en apariencia insalvables, a la hora de tomar una sencilla decisión, como escoger una amistad o en algo quizá de mayor monta, buscar un socio de trabajo, y ya de lleno en cuestiones de trascendencia social o política.

El único criterio válido para tasar a alguien es la medida de sus estaturas moral y espiritual: pero ¿cómo se miden?

d. La tolerancia

En estos últimos días parece estar de moda hablar de “tolerancia” como un valor y tengo que decir que hasta me da miedo oír eso. No es difícil percatarse de que quienes dicen “tolerar” están queriendo dar a entender que como son tan inteligentes y están tan seguros de que su opinión es la correcta y además no van a hacer nada que vaya en contra de los valores democráticos, no se pueden permitir ninguna acción que interfiera las expresiones del grupo

con el cual no hay acuerdo, no dejarlos actuar sería una demostración de debilidad y también equivaldría a coartar su libertad; como si nos hablaran de un trato de igual a igual.

Pero allí precisamente está la falacia, porque cuando se habla de tolerancia queda siempre implícito que, como en cualquier relación, siempre hay dos partes: la que tolera y la otra, que es tolerada; en este caso, son grupos de personas. Desde luego, el grupo que tolera se erige a sí mismo como poseedor único de la verdad, a la otra —parte— se le permite continuar viviendo allí porque le sirve para algo a los bondadosos tolerantes. Como sea, siempre el grupo tolerado acaba siendo oprimido y no se requiere un gran esfuerzo para arribar a la conclusión del sufrimiento que esto causa.

Lo que me parece que la gente entiende cuando los que ostenta el poder hablan de tolerancia es que se refieren a algo así como: “respetar la posición del otro”, lo que en buen castellano se conoce como dialogar o, siendo más realistas, “negociar”.

Creo que ya dejé claro que la tolerancia no es algo de lo que podamos ufarnos: cuando tolero, yo soy el que tiene la razón además del poder, ¡tolero a quien quiero tolerar! Algo suena mal y no me gusta. ¿No habrá alguna alternativa más inteligente y humana que esto? De seguro a toda persona sensata y culta se le ocurrirán algunas formas de actuar que superen este tipo de relación en donde la humanidad de los relacionados no queda muy bien parada, pues uno de los factores que le son inherente está ausente por completo: la semejanza. En el momento en que en una relación a alguien se le pierde de su horizonte que aquél que está enfrente es igual a él, aunque sea diferente, no se puede decir que esté obrando a cabalidad como un ser humano; si no es capaz de tratar a su interlocutor con el respeto con el que le gustaría —y hasta exigiría— ser tratado, va a tolerarlo porque él sí es un hombre o mujer (el otro es eso, el otro) que muy bien pudiera ser “lo otro” pues no tiene nada en común con el hombre.

La tolerancia empieza en el instante en que alguien se erige como “el igual”, pues en ese momento el otro queda convertido en “lo otro”, con lo cual no se tiene nada en común con el igual, y dado que previamente ya se optó por ser miembro de un grupo cualquiera, todo aquél fuera de dicho grupo será absolutamente diferente de sus miembros. Así, no se requiere ningún esfuerzo por buscar alguna similitud con él y lo único que cabe hacer es tratar de encontrar la posibilidad de sacarle una utilidad. De no hallarle ninguna,

224 sencillamente debe ser discriminado, apartado; de no ser así, cuando se le descubre algo en lo que sea útil lo que se hace es usarlo, pero intentando que se parezca lo más a los miembros, para poder así tolerarlo. Desde luego la falacia es obvia y fue puesta de moda en Francia, con aquello de LIBERTAD, IGUALDAD,¹⁹ FRATERNIDAD. La falacia tiene que ver con lo de la Igualdad: los seres humanos no somos iguales los unos a los otros, los seres humanos somos semejantes, es decir, parte iguales y parte diferentes. Para ponerlo muy claro, el que alguien quiera que otro ser humano sea igual a él o ella, no significa nada más que una absoluta asquerosamente grosera falta de respeto, pues sólo indica un total desprecio a la humanidad y persona del otro. Se puede decir con mayor contundencia: el otro es un ser humano con quien tengo —por lo menos— algo en común, mientras que lo otro es del todo ajeno, puesto que es lo no humano, con lo que los hombres —y mujeres— no tenemos ningún vínculo.

La tolerancia se acabaría cuando nos sintiéramos orgullosos de nuestras peculiaridades y perdiéramos el miedo a las del otro. La manera que encuentro obvia para lograrlo no es, de ningún modo, fácil: hay que celebrar nuestras diferencias, respetar nuestras debilidades, reconocer nuestras grandezas, superar nuestros errores, corregir nuestras tonterías, respetar nuestras igualdades. Pero desde luego esto no es fácil; sin embargo, la alternativa es mucho peor, nada más imaginemos un mundo en el que todos fuéramos iguales, exactamente iguales. ¿Qué podríamos aprender de nadie? ¿Cómo enriquecernos y enriquecer a los demás? ¿Qué aportar de nuevo para poder crecer como humanos? ¿Cómo nos distinguiríamos unos de otros, o de un día al siguiente? Ya se ve que cualquier intento de cambio resultaría imposible en uno de tales mundos, y si el cambio es imposible el ser humano es un sinsentido.

e. La generosidad

La persona que sufre tiene la obligación moral de tratar de ayudar y de ayudarse, en la medida de sus posibilidades; si no por desearlo entonces como una responsabilidad ante su propia persona y ante su Dios. Sin embargo, se debe mencionar un hecho que, aunque parezca no tener mayor relevancia, es algo muy importante: así como afirmo que la persona tiene la obligación moral de..., tendremos que estar de acuerdo en que para poder cumplir con

19 No, cuidado, no soy tan inculto como para no saber que en el contexto del lema, el término *Igualdad* tenía otro sentido.

dicha obligación se requiere de una buena dosis de generosidad. Y he aquí algo sutil: se necesita ser generoso para intentar ayudar, del mismo modo que hay que serlo para “dejarse ayudar”. Y en este punto sí me gustaría extenderme un poco: en un mundo en el que cada vez es más difícil establecer vínculos humanos trascendentales pues, como ya lo dije, uno de los fines en que la educación pone mayor énfasis es la independencia, sin importar que a costa de ella nos veamos privados o hasta perdamos una buena parte de nuestra Humanidad, no es posible que nos demos a los demás para que ellos puedan entregárenos con su asistencia; eso significaría actuar a expensas de los otros, lo que me hace ser dependiente y quizá no tengo otro recurso para poder preservar mi independencia, que hacer que lo mío sea única y exclusivamente mío, pues me lo gané con mi esfuerzo y sólo yo tengo derecho de disfrutarlo. Ya se ve en lo dicho, a lo menos, dos de los problemas que, relacionados íntimamente con todo el caos en el que vivimos, se aunán para obstaculizar esa generosidad de la que estoy hablando: un egoísmo a ultranza sumido en el más absurdo de los materialismos; el egoísmo bloquea nuestra confianza para darnos recibiendo la ayuda que se nos brinda, y el materialismo nos niega la capacidad de obsequiarnos con lo material que como más nuestro se nos presenta: nuestro cuerpo.

Ahora bien, como lo sabe todo aquél que tiene que recibir ayuda constante, no es fácil aceptar las diferencias personales que inevitablemente existen en cada uno de aquéllos y aquéllas que se brindan prestando su ayuda. Cada uno de ellos, hemos de suponerlo, lo hace con la mejor disposición, pero dado que cada uno de ellos y ellas son, antes que ayudadores, personas, cada uno de ellos tiene su personalidad distinta de la de todos los demás ayudadores y, por esto, es imposible pensar que todos lo van a hacer de diferente manera que la de su persona. Con esto en mente pensemos un segundo (o dos) en que quizá la persona que quiere ayudar en ocasiones no lo hace en la manera en la que la persona a la que se pretende ayudar lo necesita, y a pesar de toda la buena voluntad con la cual intente prestar su ayuda, en vez de lograr su fin, ésta cause más incomodidad que ésa con la que pretendía acabar. Al hablar de esto, estoy suponiendo que la requerida ayuda no es complicada y de manera alguna especializada; y es que, sin este supuesto, el planteamiento debe cambiar radicalmente. Cuando ya la ayuda requiere de conocimientos —por lo menos— básicos sobre, digamos Fisiología, quien ayuda adquiere, de ya, una responsabilidad que va mucho más allá de la mera

226 buena voluntad. Y esto es fácil de ver: la persona que ayuda podría utilizar sus conocimientos para provocar que la persona a quien ayuda esté siempre dispuesta a hacer lo que a aquélla le conviene, en lugar de hacer lo que necesite la persona ayudada. Claro que esto habría que matizarlo con lo dicho en el capítulo anterior sobre la responsabilidad que tenemos las personas, todas, en el cuidado de nuestros cuerpos.

Por otro lado, y mucho más importante aun que todo lo anterior, resulta insoslayable la categórica afirmación de que si la generosidad debe ser un componente esencial de la relación entre el cuidado y el cuidador, teniendo en cuenta que el cuidador está aportando casi todo el trabajo —y sin el “casi” también es válido— no faltará quien diga, y no sin razón, que la generosidad parte mucho más de él o ella que de la persona a la que están ayudando. Y, sin embargo, la persona cuidada tiene la enorme responsabilidad de no creer que su único papel en la relación se reduce a la mera paciencia con la que ha de aceptar la ayuda que se le trata de brindar; si así se piensa, está totalmente equivocada. La relación es de dos y ambos deben aportar generosidad para que aquello no se degrade y siga habiendo un ambiente en el que sea posible buscar el bien de ambos. Muy importante es que en la relación se trate siempre de mantener un ambiente de cordialidad y alegría; pero cuando esto no es posible porque las tenazas de la monotonía ya atraparon a los dos en la pérdida del buen humor, la generosidad se debe convertir en un ejercicio de paciencia. En alguien ha de caber la cordura. En tales momentos hay que hacer un alto, detenerse y recobrar la serenidad para buscar la paz y volver al ambiente de cordialidad y alegría, tratando de corregir la situación que causó las hostilidades y evitar, en cuanto sea posible, una escalada que desembogue en un conflicto del tipo e intensidad que se pueda dar o ya se esté dando.

f. Diferentes tipos de fricciones

Y es que resulta inevitable que, por lo menos de vez en cuando, en cualquier relación, y más una de tanta intimidad entre dos personas como ésta a la que me estoy refiriendo, se lleguen a presentar instancias que produzcan roces de los egos —y egoísmos— involucrados que terminen en alguna fricción capaz de “calentar” el ánimo de las personas. Es en tales momentos en los que se debe hacer un esfuerzo por buscar la serenidad y mantener la quietud de carácter para atajar los enojos y reducirlos como se juzgue mejor para lograr un mayor sosiego, que permita regresar a la cordialidad y la alegría que han

huido. Para lograr que vuelvan no hay que ir muy lejos, basta con acordarnos de que poseemos —o debemos poseer— un aliado incondicional y casi infalible: el buen humor. ¡Y vaya que si es valioso!

Es importante dilucidar las causas por las que puedan aparecer estas fricciones. En estas relaciones, por definición hay un desbalance de capacidades: la persona que cuida, se supone, posee todas las aptitudes físicas que le permiten mover a la persona a la que cuida y atiende; pero la otra persona —la cuidada y atendida— puede no tener la capacidad para hacerse a sí misma sus cosas, lo que hace cualquier persona durante el día, pero no puede suponerse pasiva en cuanto a su carácter, opiniones, emociones, gustos y modo de ser —y quizá hasta una que otra manía se arrastre—. La factura la pasa nuestra vieja conocida: la cotidianidad. Resulta más que lógico suponer que, aun poniendo mucho esfuerzo por llevar la fiesta en paz, es imposible negar que el desgaste tiene un componente muy pernicioso en la relación, pues la rutina que debe marcar el compás en ella, se va corroyendo hasta degenerar en una mortal monotonía, de la cual se sale únicamente con un enorme trabajo en el que la dosis de humanidad ha de ser muy alta.

Es posible que podamos encontrar aquí las causas de los suicidios asistidos, de los homicidios por misericordia y de tantas otras atrocidades que se cometen en nombre de la ayuda constante a las personas que están en problemas y necesitan de alguien para poder sobrevivir. Creo que el asunto se podría plantear desde varios enfoques: la impotencia, el cansancio, quizás una pésima concepción de la amistad o, como ya vimos, una forma equivocada a la hora de entender la dignidad. Pero hay algo importante que no podemos dejar de mencionar: cuando la persona que ayuda se da cuenta de que ya no puede hacer más por aquél o aquélla a quienes ayuda, llevada de un sentido sumamente personal de la generosidad, y como ella sabe de eso y tiene miedo al dolor y a todo lo que se da con él, decide que lo menos malo es que no siga “sufriendo” y que el mejor modo de lograrlo es terminar de una vez con todo, sólo así se puede explicar, de buena fe, algo tan aberrante.

He aquí un valor, la generosidad, que al ser trastocado por el desgaste y la desesperanza se ha convertido en el peor instrumento de destrucción en el que podamos pensar.

Para aquél que dice que para dejarse ayudar es necesario tener una disposición y actitud de generosidad, no ya de la persona que brinda la ayuda —la cual doy por evidente— sino de la persona que es ayudada, me bastaría

228 con llamar su atención hacia el hecho de que ella se ve forzada a “rendir” su recato y su pudor ante la persona que la ayuda. Cualquiera que no haya vivido tal experiencia podría pensar que confundo las cosas. No, definitivamente sólo le pediría que se pusiera en el lugar de quien ni siquiera puede rascarse la nariz cuando tiene comezón, pues sus manos no llegan a ella. Y la rendición de su recato y pudor adquiere tintes en verdad dramáticos cuando nos ponemos a considerar todo lo que ha de confiar esta persona en quien la ayuda a la hora de los aseos y baños, en los que tiene que dejarse hacer por la otra persona, a la que “está atado(a)” pues no puede hacer nada para sí ni sus cosas más íntimas u otros asuntos que es mejor ni mencionar.

g. El respeto, el afecto y la confianza

Es obvio que si en la relación empieza a haber fallas en el respeto, todo se va a ir por tierra. Aquí hago un pequeño paréntesis: tanto el respeto como la confianza son cuestión de dos y no son espontáneos, se ganan o se pierden según los méritos y los posibles lazos o vínculos —de cualquier clase— que pudieran haberse desarrollado entre los participantes en la relación, bien por afinidad espontáneo o porque así lo hayan planeado. Lo que no se puede dejar de decir es que para mantener vigentes dichos lazos o vínculos se requiere de un trabajo cuidadoso y de constante esfuerzo. Como en toda relación, muy especialmente en una en la que uno de los miembros tiene que ceder su intimidad al otro, sin que sea compartida ni mucho menos participada, dicha persona queda en una posición de vulnerabilidad: no olvidemos que “entregó” una parte de sí casi tan privada como sus pensamientos. De ahí lo absolutamente imprescindible del respeto y algún lazo o vínculo afectivo que asegure la confianza de ambos.

4. CÓMO ENFRENTARSE O PREPARARSE PARA EL SUFRIMIENTO

Es necesario tratar de ver si nos es posible encontrar algo de lo que asirnos para poder darle valor al sufrimiento, aunque sepamos de antemano que sólo con nuestro esfuerzo, por no quedarnos en el pesimismo de los débiles, seremos capaces de poner lo que de bueno pueda tener. Sabemos que, por un lado, es algo con lo que todos ser humano se las va a tener que ver en su vida; sabemos también que todos ansiamos no encontrarlo nunca; y también tenemos por ahí —en la conciencia— que a nadie se le prepara para enfrentarlo, aun

sabiendo lo anterior. Se me ocurre pensar, como lo hubiera hecho Pere Grullo, que dicha preparación sería hartamente difícil puesto que cada humano sufre muy a su manera y por muy diferentes causas; lo que para unos es motivo de gozo para otros es un suplicio.

¿Por qué hay seres humanos que se sobreponen al sufrimiento y hasta dan ejemplo de alegría y afán de buscar el bien de todos, aun en situaciones muy difíciles? Me parece que se debe a la forma en la cual vivieron su niñez, si aprendieron de quienes los rodearon a hacer valer todo lo que vivían, ese asunto humano el sufrimiento no tenía por qué asustarlos y fueron capaces de hacerlo valer.

Veamos si podemos acercarnos a eso tan de los seres humanos, eso que llamamos sufrimiento. A ver si nos es posible averiguar, en honor a la verdad, qué sea tal engendro. Una vez escuché algo que en apariencia no tiene ningún sentido: “llamamos monstruo a aquello grotesco que no se apega a ninguna de nuestras normas. Yo —continuó el narrador— he visto las cosas más extrañas que fuese posible imaginar; sin embargo, nunca he visto nada que carezca de algún propósito; aun y cuando éste nos sea del todo desconocido...”. Son demasiadas las veces que he oído en mi vida que sufrir es algo monstruoso, es algo que carece de todo sentido, y cada vez que lo escucho me tiendo de risa. Eso es ver las cosas con supina superficialidad y total pesimismo. Y es que, sí, en los momentos en los que se está “con ganas de mandarlo todo a la porra”, pues no se ve por dónde se pueda salir a encontrarnos otra vez con nosotros mismos, es muy difícil no creer estar siendo devorados por la Hidra, que con sus cien tentáculos trata de arrastrarnos hacia sus insaciables y espantosas fauces en las que sus afilados dientes nos destrozan. Eso es lo único que a primera vista puede dejarnos tan despreciable intruso.

Todo aquél que ha pasado por algún rato difícil y tenga la suficiente inteligencia y sabiduría como para poder reflexionar con serenidad sobre lo que acaba de vivir, tendrá que verse fortalecido después de su vivencia. Como ya en alguna ocasión lo dijera Henri Bergson, confinado a la quietud o, mejor dicho, a la inmovilidad por alguna afección: “hasta ahora que estoy quieto, empiezo a comprender las cosas”.

Uno de los factores que podrían ayudarnos a entender por qué al sufrimiento le podemos encontrar algún valor, valor que desde todo punto de vista no acarrea consigo, sino que le debemos imponer partiendo de nuestra fuerza y actitud positiva, pero siempre con la seguridad de que hemos de

230 hacerlo en oblicuo, pues como queda dicho no lo trae *per se*, es el tiempo que obliga a estar con nosotros, tiempo que nos abre al silencio y nos brinda la posibilidad para la reflexión. Suponiendo que tengamos la serenidad y la paz espirituales como para no distraernos con el mundanal ruido, con el aplomo para quedarnos dentro “estando ya —nuestra— casa sosegada” y hacernos de buenas compañías. Entonces empezaremos a gozarnos descubriendo que somos capaces de mucho más de lo que creíamos poder hacer con nuestra creatividad; el tiempo que hemos de estar con nosotros mismos poco a poco lo iremos pasando con los sabios maestros: novelistas, ensayistas, literatos, científicos, cuentistas, músicos y demás artistas. Y cuando les perdamos el miedo, también con los mejores hacedores de pensamientos: los poetas, filósofos e historiadores, quienes nos darán algo —por lo general mucho— con lo cual trabajar nuestra alma para que esté bien pulidita y cristalina. O quizás empecemos a disfrutar de la música y del silencio; del trabajo y también del buen ocio, ése es el que podemos salir enriquecidos porque hemos descubierto que en él hay “un no sé qué que queda balbuciendo”, y en los cuales nos vemos como purificados porque la presencia en la que nos hallamos es la mejor compañía en la que puede nadie estar, aun estando con nadie y totalmente absortos.

Y así como la quietud corporal ayuda a ver las cosas con el suficiente detenimiento para empezar a inteligir su esencia, de manera similar se requiere que, al menos de vez en cuando, entremos de lleno a otra de las actitudes que se supone va contra nuestra naturaleza: el silencio. Desde luego, no hablo aquí del silencio en el que vive una persona sorda, ése es anormal y por ello no la deja escuchar al mundo; me refiero al silencio en el que podemos escuchar las almas de los que están “junto” estando callados, sin pronunciar palabra, pues no tiene para qué. Hay quizás algo en lo que se nos revele plenamente la enorme riqueza del valor de este silencio —llamémosle— interior y mucho más elocuente que el mero e insulso quedarse callado, y en ese algo es en el que se nos devela el alma. También y quizá por ello sea para la gente algo tan amenazador y atemorizante. Sí, porque es mucho muy probable que no estemos del todo tranquilos con nuestros actos y temamos descubrir algo “turbio” en nosotros. Permitaseme una digresión más: me parece que no es difícil superar este miedo al silencio interior que, como queda dicho, va mucho más allá de un simple no hablar o no oír. Tómese un buen libro y léase con toda atención, usando una perspicaz inteligencia (en el sentido etimológico

del término: *intus-legere* = “leer el interior”) y nos percataremos de que tanto el autor como los personajes no escapan a muchas debilidades que creíamos poseer en exclusiva, y por ello nos esforzábamos en disimular, pues las teníamos como horrendos defectos que a nadie, ni siquiera a nosotros mismos, podíamos mostrar. Pero entonces, ¿cómo corregirlos para poder seguir creciendo? Porque lo más cómodo sería quedarnos muy tranquilos sabiendo que como son patrimonio “idiosincrático” de la humanidad, no hay razón para no usufructuarlos. ¡Qué desperdicios de posibilidades para justificar-nos!

5. EL VALOR DEL DOLOR

Pero algo positivo debe de haber en el dolor, si no, no existiría.

Le tenemos una auténtica fobia al dolor. Partamos de un punto seguro: aunque psicológica y aun existencialmente el dolor nos parezca “la cosa más abominable que se le haya ocurrido a Diosito para recordarnos nuestra precaria condición”, no podemos negar el hecho de que tiene una Finalidad muy clara e imprescindible para nuestra supervivencia. Fisiológicamente es un aviso, una alarma, una llamada de atención y mucho muy eficiente: cuando algo duele es porque ese algo no anda bien o hay algo que está definitivamente mal. ¡Bueno, sí, pero... hay de dolores a dolores! El problema es que hemos perdido la habilidad para distinguir cuándo un dolor es el aviso de algo serio y cuándo es un dolor al que podemos no hacerle caso, y hasta cuándo es un dolor “sabrosón”. Inmediatamente vamos al botiquín y nos tomamos nuestro “no hagan olas” para estar socialmente presentables.

Socialmente... Sólo que hay algunas personas para quienes parece que en ciertas circunstancias no pueden —o no desean— estar socialmente presentables y se van poco a poco aislando hasta quedar completamente fuera del contacto, tanto físico como —y mucho más importante— espiritual de sus semejantes, lo que lejos de ayudar se convierte en su sentencia de inhumanidad porque el hombre solo y aislado no es un ser humano completo, como ya lo dije antes. Hay una isla en el Pacífico en la que la sabiduría popular ha acuñado esta forma de pensar: “Si no nos preguntan los demás... ¿cómo vamos a saber quiénes somos?”.

Quizás el valor principal del dolor sea su misteriosamente enorme fuerza para “unir” a los hombres, y por favor, por supuesto no me refiero al mero hecho de juntarlos, esto va mucho más allá porque llega a lo más recóndito

232 de la humanidad en cada uno de nosotros, al espíritu que hay en nuestro ser y que participa de la Trascendencia en la cual quedaremos todos fundidos. Y, ¿quién puede negar el otro valor del dolor? Puede ser uno de los mejores estimulantes que conozco, y si esto parece escandaloso, que le pregunten al grueso de los deportistas a ver qué nos pueden decir.

Resulta vital que la persona que sufre se mantenga en estrecha convivencia con todos los seres humanos: mientras mayor su número, mejor; aunque sabemos que para las personas “especiales”, e inclusive para la gente común, la convivencia es a veces difícil. Las consecuencias de evitarla son muy costosas, pues privan a la persona de toda posibilidad de enriquecerse, hasta con los inevitables disgustos que de seguro va a pasar. Pero la vida no es una corona de espinas y por supuesto que en ella nos pasamos la mayor parte del tiempo muy, muy bien, si sólo nos ponemos a buscarle el lado bueno a todo lo que se nos vaya presentando. Sí, “al mal tiempo buena cara”. Y cuando nos topemos con alguien de éstos a los que se nos antojaría decirle aquello de que: “¡mejor no me ayude compadre!”, aquí lo importante es darle la vuelta a la moneda e imaginarnos qué pasaría si no tuviésemos nunca a ningún “compadre” a quien reclamarle. Estoy seguro de que, en muy poco tiempo, estaríamos en el camino buscando no ya un compadre: nos pondríamos felices de encontrar a cualquier ser humano con quien cruzar unas cuantas palabras, ¡sólo para reafirmar nuestra humanidad!

6. EL SUFRIMIENTO Y SUS OPORTUNIDADES

Es claro que el sufrimiento *per se* es destructivo, aniquilante. Nadie en sus cabales está dispuesto a sufrir simplemente porque sienta “un” placer o perciba algún tipo de bien en el sufrimiento. De acuerdo, quizás abunden los locos que se presten como “conejillos de indias”, esperando una retribución monetaria, pero aun muchos de ellos lo harán porque esperan que se encuentren medicinas nuevas que servirán a otros hombres y, desde luego, están plenamente conscientes de que lo más probable es que pasen sumamente incómodos el tiempo que duren las pruebas. Pero claro, lo hacen porque confían en que algún bien habrá de surgir de su “sufrimiento”. Para ellos la compensación inmediata es un incentivo quizá poderoso, pero no hacen lo que hacen únicamente por el “placer del dolor”. Hay muy pocos masoquistas en este mundo. Cuando antes los tildé de “locos”, estaba pensando en estos

últimos y en aquellos hombres perdidos en alguna dependencia que los obliga a buscar, por cualquier modo, un camino para no verse sin aquello de lo que dependen. Aunque, claro, merecen toda nuestra lástima y solidaridad. Y es por ello que la sociedad y hasta los gobiernos han instrumentado programas, instituciones, organizaciones, etcetera, para ayudar a estas personas a recuperar su perdida independencia volviendo, de este modo, a ser las dueñas de sus actos, con todo lo que ello implica.

Quizá convendría recordar aquí que el sufrimiento es, con todo, un acto humano y que, como tal, somos absolutamente responsables de las consecuencias que se deriven de las actitudes y hasta de las reacciones con las que lo encaramos. Al ser esto así, ha de quedar claro que las personas que sufren no pueden abandonarse a las muchísimas tentaciones que en su estado se les van a aparecer. Mencioné ya algunas, pero se esconden otras muchas que mis miedos no se atreven a develar. Lo que también resulta innegable es el enorme cúmulo de oportunidades que, siendo un poco perspicaces, podemos descubrir para ganar como seres humanos. Aportamos a los demás colegas de existencia lo que cada cual tenga por bueno y meritorio, que tenga el valor suficiente para ser compartido con quienes estén dispuestos a aceptarlo. Porque del mismo modo que a esa persona que le encontró algo de bueno, a cualquiera dispuesto a hacer el esfuerzo le podría brindar algún beneficio con el que sea él a su vez capaz de abrir posibilidades a otros muchos que tengan ansias de no estancarse en la complacencia.

7. ¿CUÁL ES EL VALOR SUPREMO?

Llegados a este punto, sería interesante plantearnos la pregunta por el “valor supremo”, el que se encuentra sobre todos los otros: ¿existirá un tal valor? Veamos, ese ente no podría ser otro que aquél que le diera a todo lo demás su valor o para el que todo lo circundante tuviera algún valor no por haberlo creado, lo que de facto lo haría válido y valioso, sino porque ese tal ente sea capaz de descubrir ese valor que las cosas tienen o posean la capacidad para atribuírselo. No nos equivoquemos: todas las cosas tienen un valor por el mero hecho de estar instaladas en el ser, pero ahí termina su valor, y ese simple “estar” de las cosas las deja en un vacío de finalidad. Las cosas son sólo eso, “cosas”, y se agotan en su estar, no tienen la posibilidad de superar ese statu quo: son todo lo que pueden ser y no más. Es decir, un ente cualquiera,

234 una piedra, por ejemplo, no pasará de ser una piedra y quedará agotada en su “piedreidad” hasta que por los procesos de la evolución llegue a formar parte de algún otro ente, quizá más complejo.

Pero entre la Trascendencia absoluta del Ser que con sólo pensar las cosas las crea, poniéndolas en su ámbito y les impone el camino que han de seguir sin poder desviarse o salirse de él —pues ha dictado los Principios en los que todo tiene su razón de ser y encuentra su explicación última—, y entre el absurdo de no tener más que la mera instauración en el ser, —pero estando del todo determinadas a continuar hasta el fin de los tiempos en él, quedando en el mero estar, entre estos dos órdenes de habitar el universo del Ser y de los entes—, debe haber uno de éstos que, aun estando en el estar de las cosas, tenga la posibilidad de salir del determinismo impuesto por los Principios para poder acceder al Ser, sin llegar a serlo. Y cómo no lo va a haber; ya lo expuse en su lugar, se llama “ser humano”. Al ser capaz el ser humano de romper la absoluta soledad de estar puede obtener un lugar en la total participación del Ser, aunque tiene que pasar por el proceso de purificación que conocemos como vida.

8. CONCLUSIÓN

El Ser es tan sabio que ya en ella —la vida— le permite al ser humano empezar a participar de su creatividad, otorgándole la nada despreciable capacidad para “darle sentido” a las cosas y a todo lo circunstante, hasta a su vida —aunque a veces parezca labor de titanes—. Los seres humanos no crean las cosas a partir de la nada, pero las hacen transformando otras ya creadas que se hallan en la naturaleza, produciendo entes que al serles útiles adquieren el valor que les atribuimos. Ahora, volviendo a la vida, algo considerado por mucho como un sinsentido, es evidente que una enorme cantidad de hombres y mujeres, lejos de pasársela haciendo lucubraciones que sólo hacen perder el tiempo, se ponen a trabajar para conferir un verdadero valor a sus vidas. Más aun, encuentran algo valioso en aquello que “es el culmen del sinsentido”: la muerte, logran hacer de ella algo que redundan en un bien para otros, aunque ni siquiera lo sepan. Me parece que nuestro deber como entes entre el Ser y las cosas, cosas en tanto sujetos a las leyes fisicoquímicas que rigen el estar; pero algo más que meras cosas, es que trascendemos esas leyes y tenemos la posibilidad de acceder a la Trascendencia en el Ser. Esta clase

sui generis debe poseer una denominación de origen, yo la llamo “enteSer”. 235
Y es un enteSer pues actúa solo, pero su actuar lo trasciende, actúa como un yo,
pero siempre acaba en un nosotros.

a. El valor que le da la persona al sufrimiento

Ahora permítaseme hablar en primera persona: de mi parte he de decir que, teniendo en cuenta que el Ser, que nunca rompe sus Principios pues aun aquéllos que no comprendemos todavía (y tal vez nunca lleguemos jamás a entender) tienen su razón de ser, aunque en muchas ocasiones quisiéramos que no los aplicaran en nosotros. Sin embargo, veo durante mi vida que todo tiende a un Fin y que sólo he sido el vehículo con el cual, aunque muchas veces piense que es en mi contra, al cabo del tiempo entiendo que todo se ha dado para un bien. Y si me rebelo porque no es lo que yo desearía, también tengo que aceptar que sin duda detrás de lo aparente hay un plan cuidadosamente trazado por una inteligencia que no me es posible escrutar. Más aun, me doy cuenta de que si bien dicha inteligencia tuvo infinitas posibilidades de dónde escoger, me designó a mí para llevar a cabo una parte de su plan. Esto no me puede llevar sino a una sola conclusión: **soy una opción del Ser Inteligente.**